

Los historiadores alemanes son jefes de la política. Al mismo tiempo que comulgan con el pasado de la Nación, preparan su porvenir. El alemán es un ser histórico. Vive con sus Dioses y con sus antepasados. Se admira y se exalta en ellos y con ellos. Hermann está tan presente como Hindenburg. Verdun es a sus ojos la primera de nuestras fortalezas, porque hace remontar su existencia distinta al tratado que repartió el imperio de Carlo Magno. Se venga siempre de Luis XIV y de Napoleón. Es la misma lucha de siempre contra la maldita civilización latina, contra el mundo de perdición. «Nosotros aborrecemos de nuestros enemigos, decía Enrique Heine, lo que tienen de más esencial, de más íntimo, «EL PENSAMIENTO». Y siempre las mismas violencias, los mismos crímenes, más espantosos, pero los mismos.

1870 no fué sino una etapa. Todo lo indicaba: las arengas del Emperador; la aparatosa aprobación que le dió, en 1909, al estudio del Jefe del Estado Mayor, General von SCHLIEFFEN, gran preparador de la guerra de 1914: «EL TRATADO DE FRANCFORT NO ES MÁS QUE UNA TREGUA»; los discursos y los escritos de los cancilleres y de los generales; las repetidas provocaciones; las líneas puramente estratégicas dirigidas hacia el Luxemburgo y Bélgica; las leyes militares de 1911—1912—1913, votadas en medio de las aclamaciones del Reichstag; los libros de las escuelas. Todo estaba listo; no faltaba más que la ocasión, el pretexto. Un año antes del ultimatum austriaco, TEODORO SCHIEMANN había escrito: «PARA TENER GUERRA CON FRANCIA BASTA CON SOLTAR A AUSTRIA CONTRA SERVIA.»

La invasión de Bélgica, los incendios de Lovaina y de Reims, el asesinato de Miss Cavell, el torpedeo de buques, el asesinato de Jacquet, la ejecución del capitán Fryatt, las poblaciones civiles arrancadas de nuestras comarcas invadidas, el reclutamiento en masa de todos los profesores de Derecho para justificar esas atrocidades, muestran un pueblo dominado por el vértigo, semejante a las hordas que, sobre el Yser, ebrias de éter, se desbordaban en olas compactas. Se adivinan sobre sus cabezas las vírgenes sangrientas del Valhalla y las adustas divinidades de sus impenetrables bosques... «DEJAD GERMINAR LA INSOLENCIA, dice Esquilo en *Los Persas*, y lo que nace, lo que surge ES LA ESPIGA DEL CRIMEN; se recoge una cosecha de dolores.»

Ahora oímos repetir cada día: «Es necesario destruir el militarismo alemán, la casta militar prusiana». Sí, sin duda; y aun allá, los privilegios, los abusos de esa casta han excitado las burlas, las protestas en la prensa, en la novela, en el teatro, en el Reichstag. Pero nosotros supimos como concluyó el asunto de Saverne. Fué el ejército quien hizo la independencia; es él quien garantiza la potencia y la riqueza del imperio. Alemania que está orgullosa de él, lo ama, le rinde culto. Sus INTELLECTUALES, más al tanto de estas cosas que los extranjeros, que juzgan a los demás según la propia medida, exclaman: «Estamos indignados porque los enemigos de Alemania se atreven a oponer la ciencia alemana a lo que ellos llaman el militarismo prusiano. El espíritu del ejército es el mismo que el de la nación».

La verdad es que allá como en todas partes, el sen-